

LA EXPRESION DEL AMOR EN SAN JUAN DE LA CRUZ

FOR

MANUEL MARTÍ SÁNCHEZ (*)

Entréme donde no supe.

Como se repite tantas veces, todo mensaje encierra un misterio, un algo incommunicable, que trasciende lo contenido por las propias palabras. Una de las causas fundamentales de que así ocurra proviene de la conexión existente entre mensaje y el mundo personal de quien lo emite. «Los límites del lenguaje (del único lenguaje que yo entiendo) —dice una conocida cita de Wittgenstein— se refieren a los límites de mi mundo». Por su especial naturaleza, el misterio en los mensajes poéticos se acentúa; si encima su autor es un santo, que habla de sus experiencias con Dios, ya puede imaginarse lo cauto y humilde que se ha de ser cuando se pretende acercarse a su obra. En la poesía de San Juan, «todo es lo que es y mucho más» (J. Guillén).

El método que aquí seguiremos es el que aconsejaba el viejo Schleiermacher: *historia*, esto es, lo que aporta la ciencia filológica; y *adivinación*, adivinación como *sentir-con*, *com-penetrarse*, *sin-tonizar*.

1. PLANTEAMIENTO

El título de este trabajo —seguramente, lo mejor de él— me va a servir para estructurarlo.

Lo primero que se tratará será la *expresión* utilizada por San Juan de la Cruz para manifestar su amor. Seguidamente, hablaré del amor tal y como aparece en el carmelita, y compararé ese amor —el amor a Dios— con el otro, el amor profano. Finalmente, aprovechándome de la ambigüedad del título, la *expresión del amor*, meditaré muy brevemente acerca de que también el amor habla

(*) I. B. «Orcasitas», Madrid. Universidad de Alcalá de Henares.

por medio de San Juan. Para ello, me apoyaré en la idea heideggeriana del *lenguaje del ser*.

2. LA EXPRESIÓN

Por las lógicas limitaciones, de los medios empleados por el santo para manifestar sus vivencias de amor, me voy a ocupar tan sólo del más famoso: su poesía. Dejaré para mejor tiempo los importantísimos *comentarios* y *sentencias*. Y lo que más sienta, tampoco tocaré los medios de expresión sanjuanistas más privados; pienso especialmente en el silencio. Rasgo fundamental de la personalidad del santo y sobre cuyo valor comunicativo toda insistencia es poca. Ya lo dice Ortega: «Si se quiere, de verdad, hacer algo en serio, lo primero que hay que hacer es callarse».

Centrémonos ya en su poesía. Quien pasa por ser «el poeta clave, el Poeta, con mayúsculas, el núcleo de la tradición poética española» (J. A. Valente), fue un escritor breve, cuya producción se condensa, además, en muy pocos años, los que van de 1578 a 1586. Ciertamente, algunos escritos suyos se han perdido, entre ellos unas canciones que compuso muy joven, en Medina, en «agradecimiento de la merced que le había hecho el Señor en hacerle digno de entrar en dicha religión [la carmelitana] bajo el amparo de su Santísima Madre»; pero lo esencial de su obra se conserva y ésta resulta poco extensa.

Poeta poco prolífico, pero poeta. Esto plantea una importante cuestión: ¿qué lleva a este fraile, con una sólida formación teológica, con treinta y seis años ya, poseedor de una personalidad poco dada a veleidades, a componer poesías? ¿No hubiera sido más lógico esperar únicamente de él cartas, instrucciones, tratados morales y teológicos?

La perplejidad que encierran estas interrogantes se desvanece grandemente si se recuerda que entre las primeras carmelitas descalzas existía una gran afición a las *coplas*, sencillas composiciones que ellas mismas componían y cantaban. Esta afición, propia de un ambiente de altísima espiritualidad, trascendía los límites de los *palomarcicos*. Nos consta que del severo San Pedro de Alcántara brotaban cánticos. Hasta el propio hermano del santo, Francisco, analfabeto, componía cantares como éste:

«El Señor me crió
y también me redimió:

y quiéreme él,
y quiérole yo».

Por tanto, las poesías de San Juan no sorpenden, se inscriben en la tradición carmelitana en la que éstas eran naturales y se apreciaban mucho.

Sin embargo, no es suficiente, hay que seguir profundizando sobre las causas que le llevan a la poesía. A este respecto, queda desechada esa motivación tan humana de la vanidad, de la búsqueda del éxito y el aplauso de los demás, o de la simple auto-satisfacción. La vida de quien tuvo como norte la cruz, la humillación; la vida de quien poco antes de morir escribía estas palabras: «Yo sólo deseo que la muerte me encuentre en un lugar apartado, lejos de todo trato con los hombres, sin hermanos de hábito a quienes dirigir, sin alegrías que me consuelen y atormentado de toda clase de penas y dolores», nos autoriza a rechazar esta razón. Y eso que se trata de un autor, con unas cualidades artísticas innatas y al que le preocupó siempre la perfección formal de sus escritos, como prueban las versiones realizadas del *Cántico Espiritual* y de sus *Comentarios*.

La razón fundamental argüida para explicar el quehacer poético de San Juan es apostólica. San Juan escribe para ayudar a otras almas, en concreto a las directamente vinculadas a él. E. Stein lo dice muy bien: «lo que él pretendía era "llevar de la mano", completar con sus escritos su labor de Director de almas». Que eran una buena ayuda para las almas se comprueba por el número de copias existentes desde el principio en los distintos conventos de carmelitas y sacadas con permiso de San Juan. «Lejos de ser un respiro del alma —dice el P. Lucien Marie— los poemas del santo eran uno de sus medios de dirección que rivalizaban, si es que no los arrastraban hacia ellos, con los billetes que dieron lugar a sus sentencias espirituales».

Un testimonio de su eficacia lo ofrece el caso de Ana de San Bartolomé. Se encontraba esta monjita en el coro llena de oscura angustia y para aliviar su corazón, «que estaba como hambriento y desfallecido de su debilidad», se puso a repetir esta estrofa, que dice así:

«¡ Oh, cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados !».

Estamos, pues, ante el fin que justifica la decisión de San Juan. No obstante, podemos seguir indagando con el propósito de entender mejor esta decisión de recurrir a la poesía. Esta nueva indagación nos conduce a meditar sobre la poesía y su naturaleza. ¿Qué es la poesía? ¿Qué le ofrece al santo de Fontiveros?

La poesía supone un liberación. «Escribir (contar) —piensa Borges (apud J. Rodríguez Padrón, *Tentativas borgeanas*, página 33)— es una operación liberadora, a través de la cual la memoria puede despojarse de sus obsesiones, dejándolas que escapen hacia los nuevos territorios alumbrados por la palabra».

No hace falta compartir de forma completa las teorías de Freud ni del psicoanálisis sobre la literatura o el arte en general, para creer que el hablar supone una liberación y, muy fundamentalmente, cuando el hablar es poesía. Sabemos de San Juan que, a veces, las emociones experimentadas eran tan poderosas que apenas podía soportarlas. Entonces, qué circunstancia más normal que expresar, alguna vez, aquello que ardía en el corazón. Y cuando se habla de lo que arde en el corazón es difícil no acabar en la poesía.

Pero la poesía es algo más. Como machaconamente se repite en España desde los años cincuenta, la poesía es medio y expresión de conocimiento: «La poesía es, simultáneamente, una manera de aprehender la realidad y una manera de expresarla. En ese sentido es un conocimiento y, al mismo tiempo, un arte. Aclaro: no es un conocimiento científico ni filosófico. Sin embargo, el que no sea ni ciencia ni filosofía, no le quita dignidad ni veracidad al conocimiento poético. Es el *otro* conocimiento, el tercer conocimiento. El tercero o el primero, no sé» (O. Paz).

No puedo insistir sobre esta idea en abstracto. M. Zambrano habla de la *razón poética*, y J. y R. Maritain, de la *poetica scientia*; sólo recordaré dos versos de V. Aleixandre: «conocer no es lo mismo que saber» y «conocer es amar. Saber, morir». Vayamos ya a la situación concreta de San Juan. Su problema es el de todo místico: la comunicación de lo que es por definición incommunicable, inefable: «¿quién podrá escribir —se pregunta— lo que a las almas amorosas, donde El mora hace entender? Y, ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? Cierto, nadie lo puede. Cierto, ni ellas mismas, por quien pasa, lo pueden».

Para resolver este dilema, acude a la poesía. A esa poesía instrumento de conocimiento, a esa poesía que «está siempre del lado de allá», como dice J. Bergamín, aunque en el caso que nos ocupa se trata de una poesía que está más allá del lado de allá.

Considerando con más detalle estas virtualidades de la poesía,

podemos destacar dos factores esenciales de ésta, que San Juan manejará genialmente. Son el símbolo y el significante.

El símbolo resulta elemento clave en ese fin que persigue San Juan de la Cruz de contar aquello que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre». El símbolo constituye un intento de nombrar esas realidades inefables o esos aspectos inefables de ciertas realidades, por medio de palabras usadas normalmente para designar entidades de carácter material. Esto se apoya y conduce a su vez al establecimiento de una relación de semejanza. Así, se consigue no sólo dar un nombre a la realidad espiritual —aspecto fundamental para empezar a existir algo en la conciencia humana—, sino también proporcionar una visión/interpretación de esta realidad, un *ver como*, que dirían Husserl y P. Ricoeur. Así, la unión con el Amado es:

«La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora».

Gracias a este nombrar del símbolo, la realidad representada por él vuelve a nacer o nace, se yergue ante nuestros ojos de una forma inesperada, nueva. Además, como acaba de sugerirse, el símbolo aporta una interpretación, a menudo paradójica, que en San Juan maravilla por su profundidad. Los símbolos en él descansan en una conexión, que no sé en qué medida puede llegar a entenderse del todo, entre lo más sublime y lo más profundamente terreno. La herida de amor es una regalada *llaga*, una *llama de amor viva*, un *cauterio suave*; la presencia de Dios, «el aspirar de el ayre, / el canto de la dulce filomena», «el aire de la almena». La unión es representada a través de la unión hombre-mujer en sus aspectos más delicados y hermosos:

«el rostro recliné sobre el Amado
cesó todo, y dexémé,
dexando mi cuidado
entre las azucenas olvidado».

El segundo factor poético esencial en este expresar lo inexpressible es el tratamiento de lo que los lingüistas llaman el *significante*, es decir, en un sentido amplio, el mundo de los sonidos. Para entendernos, en poesía éstos no sólo sirven para distinguir

palabras; la /p/ no es únicamente aquello que permite, por oposición a/b/, distinguir *poca* de *boca*. En poesía, los sonidos transmiten su propia significación. En este fenómeno, ocupa un lugar fundamental lo que, genéricamente, se conoce como el *ritmo*. Este se enfrenta, con frecuencia, al propio contenido de las palabras, que puede quedar alterado, oscurecido o, incluso, anulado, en beneficio de esa otra significación que aporta el significante. A este último extremo, propio de textos fuertemente irracionales, no llega San Juan; en él, el significante, en armonía con el significado de sus palabras, sirve de elemento intensificador y exaltador de éste. Fijémonos en esta lira del *Cántico*:

«Mi alma se a empleado,
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro officio,
qué ya sólo en amar es mi exercicio».

Su segunda parte, la correspondiente a los tres últimos versos, rompe un poco con la primera, así como con las estrofas inmediatamente anteriores (25-26-27), todas ellas más suaves. En estos tres versos se observa un cambio; ya no se trata sólo de describir un estado, caracterizado por la dulzura y la paz, está también avisándose de que algo ha terminado: la vida anterior, en la que se hacían otras cosas además de amar. Pues bien; ese afán de dejar sin dudas lo que se ha elegido para siempre, coincide, en cada uno de los tres versos, con un comienzo similar, desde el punto de vista del significante; un comienzo marcado por el énfasis y caracterizado por sonidos en los que se halla presente un rasgo «fuerte»: la oclusividad.

A la vista de este sencillo ejemplo, puede concluirse que la poesía de San Juan no es para ser leída mentalmente, sino recitada o, mejor aún, cantada. El *Cántico*, su propio nombre lo dice; se cantaba en los conventos de carmelitas antes de que se compusieran los *Comentarios*. Santa Teresa gustaba mucho de poderlo hacer. Esta característica de la poesía del santo es, en realidad, de toda o casi toda la poesía. Auden ya definió la poesía como «un dicho memorable».

3. EL AMOR

En una famosa cita, Jorge Guillén declaró: «los poemas de San Juan (...) no significan más que amor, embriaguez de amor».

En efecto, toda su poesía es únicamente eso, amor; pero no sólo su poesía, toda su vida viene dominada por esa pasión. Su literatura, que expresa amor y ella misma es un acto de amor no es más que una parcela de la vida de ese hombre que escribió esta sentencia terrible: «A la tarde te examinarán en el amor».

En ocasiones, es muy aconsejable, cuando uno se enfrenta ante ciertas tareas, dejar en suspenso momentáneamente todo lo que «sabe», todo aquello de lo que se está muy seguro, y encaminarse ante el misterio que se nos alza con una actitud lo más inocente posible. Consiguientemente, olvidemos lo que sabemos (datos biográficos, *Comentarios*, *Sentencias*...) y aproximémonos «fenomenológicamente a la imagen del amor que se desprende de su poesía.

¿Qué se desprende? Pues, naturalmente, muchas cosas, pero, para nuestros intereses, lo primero que se contempla es que la poesía de San Juan presenta imágenes, expresiones que recuerdan las de la poesía amorosa profana cuando ésta —detalle muy importante— alcanza los momentos de mayor intensidad y plenitud.

Así, también en la poesía profana se habla de llama y de abrasamiento:

«Io soi la mariposa
que nunca paro
hasta dar en la llama
donde me abraso» (Popular):

O de volar:

«Sólo quien ama vuela. Pero, ¿quién ama tanto que sea como el pájaro más leve y fugitivo?» (M. Hernández)

O se le pregunta al ser amado dónde se halla:

«¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevan tras sí, como colgada,
mi alma, doquier que ellos se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada...» (Garcilaso)

Del mismo modo, en la poesía profana se eleva el amor, también en estos instantes de máxima exaltación, a una categoría absoluta. Recordemos el inolvidable «Cerrar podrá mis ojos», de Quevedo, o estos turbadores versos de Delmira Agustini:

«¡Oh Tí, que me arrancaste a la torre más fuerte,
Que alzaste suavemente la sombra como un velo,

Que me lograste rosas en la nieve del alma,
 Que me lograste llamas en el mármol del cuerpo;
 Que hiciste todo un lago con cisnes, de mi lloro...
 Tú que en mí todo puedes,
 En mí debes ser Dios!
 De tus manos yo quiero hasta el Bien que hace mal...».

Estas semejanzas, y algún otro hecho como la falta de referencias religiosas explícitas en los tres grandes poemas sobre todo, han conducido a algunas lecturas de la poesía sanjuanista en las que ésta se ve como poesía amorosa sin más, sin referencia alguna a Dios. Un ejemplo reciente de este tipo de lectura es el proporcionado por la obra de J. C. Nieto, *San Juan de la Cruz, poeta del amor profano* (San Lorenzo de El Escorial, 1988). Este autor sostiene, por ejemplo, que la *Noche* «no es una poesía religiosa, sino profana y secular», que el amor que en ella aparece es «canto y exaltación de la carne y el amor profano».

Naturalmente, estas opiniones son un disparate. Pero, no nos precipitemos y veamos la cuestión con la frialdad que se aconsejaba al principio; confiemos alguna vez en la propia fuerza de la verdad.

Es cierto que entre la poesía de San Juan y la profana existen similitudes como parcialmente se ha podido comprobar. Las causas de estas similitudes se hallan en que entre el amor a Dios y el amor humano hay relaciones:

1. Ambos amores persiguen idéntica meta: el absoluto. Marcados por esa infancia en que lo éramos todo, buscamos el absoluto (de paz, felicidad, placer, libertad, protección, verdad, estima, eternidad, bien). El hombre lo persigue por diversos caminos; sin duda, el amor es la vía más verdadera. Desde esta perspectiva, pueden aceptarse estas palabras de López Aranguren: «[El *Cántico* es el poema de] la unión de amor (...) El *Cantar de los Cantares* era un poema sobrecargadamente sensual. El *Cántico* no es sensual, pero es en cambio profundamente erótico (...). En otro lugar he escrito sobre la "mística" intrínseca al hecho erótico (...) A través del sexo y de la unión sexual, vivida en toda su hondura, hay una búsqueda, un afán de Absoluto, de trascendencia del finito yo y, en sentido amplio, de religiosidad mística». O estas otras de J. Marías: «la forma primaria de amor, de la cual hay que partir para entender todas las demás (...) es el amor entre hombre y mujer». Retengamos esta última cita porque enlaza con lo que voy a decir seguidamente.

2. El amor divino no es el amor humano. Ciertamente, pero las semejanzas que entre uno y otro existen permiten que puedan servir de modelo recíprocamente: el amor entre hombres, fundamentalmente entre hombre y mujer, sirve de modelo al amor entre el hombre y Dios; y, a su vez, es imagen, imperfecta, muy imperfecta, del amor divino, que le sirve de arquetipo.

Si esta idea es cierta, resulta muy lógico que los místicos continuamente hayan hablado de unión y de matrimonio para referirse a sus experiencias más sublimes. «Mi Amado —escribe un místico hindú— me ha hecho su esposa y ha colmado el fuego de mi corazón. Hice bien en invitar a mi Amado, pues así ha conocido que la paz y la felicidad están en El». El mismo Jesús se refirió a sí mismo alguna vez llamándose «esposo». También resulta muy comprensible, pensemos en el *Cantar de los Cantares*, que «en todas las literaturas primitivas y en la literatura oriental el amor humano es el que simboliza el amor divino» (C. Cuevas).

Así, pues, en estas relaciones entre amor profano y divino es donde hay que ver las semejanzas de la poesía del santo con la otra poesía amorosa, semejanzas que se hacen presentes ya en la propia creación poética, a través del manejo —directo o indirecto— de San Juan de fuentes profanas, y de la utilización de los versos suyos por autores posteriores para la expresión del amor humano.

Y justamente es en las diferencias entre ambos amores donde radican las diferencias de las dos poesías que estamos contrastando. Desde luego, hablar profundamente de tales diferencias excede de mis capacidades; sin embargo, algo hay que decir. Para ello, me acogeré a una frase del Evangelio, que cito de memoria: «Por sus frutos los conoceréis».

En efecto, el amor tal y como se manifiesta en San Juan es un amor absoluto, tomando este adjetivo en un sentido bastante «absoluto». Este amor sólo conoce la insatisfacción —pasajera— de no estar con el amado o la tristeza de verlo solo y sufriendo, como en el precioso «Un partorcico, solo, está penado». Fuera de eso, todo es felicidad plena.

Frente a esta situación, en la poesía en la que se canta el amor humano, a pesar de los momentos de mayor exaltación, la frustración ante la imposibilidad de hallar lo que se busca, siempre está presente. «Echamos las redes de los cinco sentidos / para apenas sacar el beso de la espuma» (Gonzalo Rojas). Esta frustración es la que llevó a C. Pavese a decir estas palabras conmovedoras: «Uno no se mata por "una" mujer. Uno se mata porque

un amor, cualquier amor, nos revela nuestra desnudez, nuestra miseria, la nada». O condujo a L. Cernuda, ante la fugacidad del amado, a desear *habitar*

«En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
no esconda como acero
en mi pecho su ala,
sontiendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento».

Otra nota del amor manifestado en la poesía de San Juan es su autenticidad. Sus palabras de amor son verdaderas; primero, porque son sinceras, lo expresado coincide con lo vivido; si alguien abriga dudas, que acuda a su biografía. Segundo, porque no son una mera construcción de la subjetividad, tienen un referente externo, real. Max Picard (*Le monde du silence*, París, 1954) distinguió el lenguaje que nace del silencio y muere en él, en el que las palabras poseen, que diría Heidegger, un valor *óntico*; y ese otro lenguaje nacido del rumor, del rumor de otras palabras, dominado por la inautenticidad y los tópicos. Sin duda, la poesía sanjuanista pertenece al lenguaje nacido del silencio.

En cuanto al lenguaje del amor profano, sabemos por experiencia la falsedad que siempre se cierne en torno a él, como en aquellas palabras de Goneril y Regan a su padre, el rey Lear, antes de repartir la herencia de su reino. Esta mentira del lenguaje amoroso ha sido muy bien captada por escritores como J. A. Valente o C. J. Cella, en *La Colmena*, y es la que hace pensar al venezolano Juan Liscano en:

«Cuando mueren
por un instante
las palabras que tanta muerte dan a la vida
cuando descubrimos el actor que somos
y lo exponemos
despojado de sus trajes crepusculares...».

En fin, aunque la argumentación haya sido apresurada, parece que pueden rechazarse estas interpretaciones que asimilan, sin más, la poesía de San Juan a la erótica, y ello sin acudir a legítimos argumentos externos (biografía, composiciones poéticas menores, *declaraciones*), sólo por las evidencias que suministran una y otra lírica.

4. LA EXPRESIÓN DEL AMOR (EL AMOR TAMBIÉN HABLE)

Seré muy breve. En el apartado anterior se mencionó el valor *óntico* de las palabras del santo, y a Heidegger, inspirador de esta idea. El filósofo alemán, en esta línea, ha hablado del *lenguaje del ser*, del lenguaje como casa y mansión del ser, reflejo del mensaje que transmiten las cosas mismas. Para Heidegger, toda palabra —auténtica— (*das Wort*) es ya una respuesta (*die Antwort*). Profundizando, en lo expuesto por el alemán, lo que le lleva a superar el nivel de las propias cosas, J. L. Borges escribió:

«Todas las cosas son palabras del
Idioma en que Alguien o Algo, noche y día,
Escribe esa infinita algarabía
Que es la historia del mundo...».

Contemplados los hechos desde esta perspectiva, los escritos de San Juan adquieren una dimensión extraordinaria; ya no son sólo las palabras de un hombre, que habla de su amor, sino que también son las palabras de ese mismo amor. Con ello, el ideal de toda lectura, el encuentro de dos almas, se amplifica con la presencia de un tercero: el Amor.

5. CONCLUSIÓN

No sé lo que pensarán los que hayan tenido la paciencia de seguirme hasta el final, lo que a estas alturas parece ardua empresa; el caso es que me gustaría que estas palabras hubieran podido servir un poco para que en todos nosotros se operara lo sucedido al humilde Diego de Jesús, el enfermero que asistió a San Juan en sus últimos momentos. El sencillo y rudo hermano —como reconstruye maravillosamente L. Rosales (*El sabor del milagro. Un alma pobre y sencilla*)— consiguió por fin comprender al santo. El lo logró tras oír a su enfermo aquello de: «Porque en gloria y servicio de mi Dios tengo que ir esta noche a cantar los maitines en el cielo».

¿Qué encerrarían para San Juan aquellas palabras?